

Por fin se dió la orden de marcha, y el cuerpo salió de Guadalajara con dirección á Sayula. Esto sucedió el día 2 de Enero de 1864. El día 1º, y cuando se hacían los aprestos de marcha, el coronel del cuerpo, en nombre del general Arteaga, puso en manos de Enrique Flores el despacho de teniente coronel, que el general en jefe del ejército acababa de enviarle, por recomendaciones de buenos amigos que el simpático comandante tenía en el cuartel general.



## XXV

## EL CARRUAJE

Era el 5 de Enero de 1864, y ya avanzada la noche, que estaba fría y nebulosa.

Un carruaje tirado por seis mulas caminaba con toda la ligereza posible con dirección al pueblo de Zacoalco, distante todavía como unas cuatro leguas.

En pos de él seguían un caballero y seis ú ocho criados, uno conduciendo tiros de refresco y otros algunas mulas cargadas de petacas y colchones.

Evidentemente en el coche debía ir una familia principal.

Ya he dicho que ese mismo día 5 ocuparon los franceses mandados por el general Bazaine, á Guadalajara. Arteaga la había evacuado el 3 con sus tropas.

CASTILLA ALFONSO



A la aproximación de las fuerzas invasoras, varias familias, no pudiendo soportar la idea de recibir á los enemigos de la patria, se apresuraron á salir y tomaron todas ellas el camino de Zapotlán para dirigirse á Colima, punto que estaba enteramente á cubierto, por entonces, por la línea de defensa que había establecido el general Uraga en las Barrancas.

El camino de Guadalajara á Sayula por tal motivo había estado frecuentado por los emigrantes desde el día 3, pero ya el 5 lo estuvo sólo por algunos rezagados que habían salido de la ciudad pocas horas antes de que llegaran á ella las columnas francesas.

A este número pertenecía probablemente la familia que venía en el carruaje, pues todo indicaba que había hecho una jornada larga y penosa. Las mulas parecían fatigadas, el coche maltratado, y los mozos caminaban cabizbajos y taciturnos, señal del fastidio que les había producido una caminata poco común.

De repente y en un recodo del camino el carruaje se detuvo como por un obstáculo, las mulas desfallecieron, pero el conductor les aplicó latigazos tan vigorosos que los pobres animales hicieron un esfuerzo supremo y partieron con tanta fuerza que el carruaje, después de haber dado un gran salto, volcó, cayendo sobre uno de sus costados.

Las personas que iban en él dieron un grito espantoso, al que respondió otro del caballero que venía detrás y que se apeó en el acto del magnífico caballo que montaba, y corrió adonde el carruaje yacía arrojado y en el peligro de ser arrastrado por las mulas, que sin ser conte-



nidas más que por el postillón, se espantaban y querían continuar su carrera.

— ¡Dios mío! ¡Dios mío!..... gritaba el caballero, lleno de angustia.

— No hay cuidado, papá, nada nos ha sucedido, gritó una voz ligeramente alterada por el susto.

— ¡Clemencia! ¡hija mía! ¿y tu mamá, y tus amigas?



Ya comprenderán vdes. que las familias que iban allí eran las de Clemencia é Isabel.

Por fortuna tanto estas jóvenes como las señoras no tuvieron novedad, y si no fué un desmayo que sufrió Isabel, á causa del terror, no tuvieron que lamentar sino pequeñas contusiones.

Por lo demás el carruaje tenia hecha pedazos completamente una de sus ruedas, que detenida en un hoyo, obstáculo que detuvo el carruaje momentos antes, se habia roto, al tirar las mulas apuradas por los latigazos del cochero.

Un instante después y con el auxilio de los criados las jóvenes fueron trasportadas á orillas del camino, Isabel volvió en sí en los brazos de Mariana que no perdía su presencia de espíritu, el carruaje fué levantado, y solo affligió á la familia la dificultad de su situación.

En efecto, era imposible continuar el camino, inutilizado como estaba el carruaje. El cochero manifestó la imposibilidad de componer la rueda rota, y los mozos añadieron lo que el caballero sabia : que no habia cerca ningún pueblecito, ninguna hacienda adonde refugiarse esa noche, ó de donde traer un carruaje nuevo. Zacoalco estaba todavia á cuatro leguas, y era improbable que allí pudiese conseguirse un coche. Era, pues, preciso pedirlo á

Sayula, adonde el general Arteaga habia llegado, ó resignarse á hacer la caminata en los caballos de los mozos, mientras que éstos seguían á pie.

Pero las señoras se juzgaron incapaces de montar á caballo, y además los golpes que habian recibido, aunque pequeños relativamente, les hacían sufrir bastante para que pudiesen caminar á caballo por espacio de cuatro leguas. ¿Qué hacer entonces ?

— Si me hubieses escuchado, Clemencia, decía el caballero con vivas muestras de pesar, nos habríamos quedado en Santa Ana, habríamos tenido un buen alojamiento y nos habríamos ahorrado esta desgracia.

— Es muy cierto, papá, respondió la joven ; pero la consideración de que los franceses podían seguirnos y de que tal vez nos íbamos á ver envueltos en mayores dificultades, estando los republicanos cerca, me hacía impacientarme. Prefiero, á no ser por los trabajos que hago pasar á vdes., todo esto á quedarme cerca de Guadalajara.

— De veras que admiro tu patriotismo, hija mía ; no te juzgaba capaz de tanta exaltación.

— Papá, replicó la niña, á vd. debo todas mis ideas y el odio que tengo á los enemigos de México.



— Algo se mezcla el amor en tu patriotismo, según presumo; pero no lo tengo á mal, y sólo siento que no podamos salir de este atolladero.

— Señor, dijo uno de los mozos, si quiere su merced echaré á correr á Zacoalco, y puede ser que encuentre otro coche, ó por lo menos un carpintero que en un momento componga la rueda. Entraré allá á las dos de la mañana, y aquí de vuelta poco antes de amanecer, y podremos continuar.

— Bien, vete, dijo el caballero; mira que tú eres nuestra esperanza.

— Pierda cuidado mi amo, contestó el mozo metiendo espuelas á su caballo y alejándose con dirección á Zacoalco.

Entretanto los criados improvisaron allí una especie de tienda, y con auxilio de las hachas que llevaban á prevención armaron los catres de camino para las señoras, que se recostaron en ellos y durmieron mientras que el padre de Clemencia y sus servidores permanecieron en vela perfectamente armados y dispuestos á defenderse, pues no era nada difícil que por aquel camino entonces desierto y abandonado de toda especie de tropas, cruzasen algunas bandas de las que siguen por lo regular á un ejército en retirada, ó de las que se aprovechan de una situación como aquella para desvalijar á los transeuntes.

Dejemos al respetable y patriota comerciante sentado en una petaca, con una mano en la mejilla y la otra en un soberbio rifle de seis tiros, y sigamos al postillón que corre á escape por el camino de Zacoalco.





XXVI

BIEN POR MAL

A dos leguas de este pueblo el mozo escuchó el ruido sordo de una tropa de caballería que se acercaba.

Poco después fué más distinto el ruido, y á él se mezclaba el que hacen al chocarse los sables. No había duda, era una tropa la que venía. La noche estaba oscura y corría un viento glacial.

De repente el postillón se vió obligado á detenerse en su carrera; le habían dado el *¡quién vive!* y una patrulla que venía á la vanguardia de la tropa, había hecho alto cerca de él.

— *¡Libertad!* respondió resueltamente el mozo.



— *¿Qué gente?*

— *¡Paisano!*

— *¡Alto ahí!* le gritó un sargento, y se avanzó á su encuentro.

— *¿Correo?* le preguntó.

— No, señor; soy el mozo de una familia que se ha quedado atrás porque el coche en que venía se rompió, y voy á Zacoalco á ver si consigo otro.

Llévele este hombre al jefe, dijo el sargento, para que lo reconozca y le pregunte.

El soldado obedeció y se llevó al mozo hasta encontrar al jefe que venía á la cabeza de su columna.

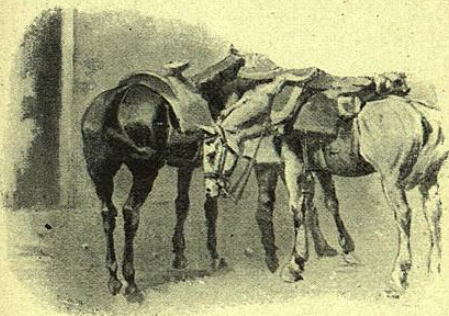
Componiase ésta de doscientos carabineros, y tan luego como el jefe advirtió que su descubierta había hecho alto y que se avanzaban hacia él dos hombres, mandó hacer alto también á la columna y se adelantó para saber qué era aquello.

— Mi comandante, dijo el soldado, el sargento me manda que presente á vd. este hombre que acabamos de encontrar y que venía á galope.

— *¿Quién es vd., amigo?* preguntó el comandante alzando un poco su capuchón para examinarle.

— Señor, respondió el criado, soy un posillón, y me adelanto á Zacoalco para buscar

un carruaje ó un carpintero, porque el coche en que venía mi amo el señor R... de Guadalajara se ha hecho pedazos á cuatro leguas de



aquí, y allí está toda la familia parada en el camino.

— *¡El señor R!...* preguntó con interés el comandante.

— Sí, señor, él mismo con su señora, su niña y otras dos señoritas que le acompañan, y además los criados de la casa con los equipajes.

— *¿Salieron vdes. hoy de Guadalajara?*

— Sí, jefe, salimos hoy temprano, porque los franceses debían llegar en la mañana y mi amo no quiso aguardarlos.



— De modo que los franceses están hoy en Guadalajara.

— De seguro, mi jefe : en Santa Ana, donde nos detuvimos un rato, supimos eso de cierto por un mozo de la hacienda que trajo la noticia. Se estaban acuartelando cuando él salió.

— Bueno; y ¿dice vd. que la familia del señor R... se quedó en el camino?

— Sí, señor; y figúrese vd. con la noche tan fría y el camino tan desamparado, allí están las señoras maltratadas por el golpe del carruaje que se rompió y volcó. Mi amo quería quedarse en Santa Ana, pero la niña no quiso y tuvo el capricho de llegar hoy á Zacoalco : ¡estaba tan inquieta y tan impaciente la pobrecita, y suceder esto!

— ¡ Ah, no ha podido resistir la ausencia de Enrique! dijo el comandante en voz muy baja.

El comandante era Fernando Valle que regresaba con su escuadrón, de orden del cuartel general, á situarse en la hacienda de Santa Ana, en observación del enemigo.

Después de meditar un breve instante añadió para sí : — ¡ Pérfida!... ¡ cuánto le ama y cuánto mal me ha hecho!... En fin! volvamos bien por mal!

Y luego, llamando á uno de sus capitanes, le dijo :

— Capitán, necesito volver urgentemente á Zacoalco con este correo que trae despachos importantes de Guadalajara; vd. queda mandando la columna que hará alto aquí, mande vd. echar pie á tierra y que se estén los soldados brida en mano, hasta mi vuelta que no tardará dos horas. Yo me voy solo con el correo.

— Muy bien, mi comandante.

— Venga vd., dijo Valle al mozo, y sigame á todo galope.

Pasaron á un costado de la columna, donde dió el comandante todavía algunas órdenes brevisimas á dos ó tres oficiales, y se alejaron después rápidamente los dos jinetes con dirección á Zacoalco.

Media hora después penetraban en el pueblo y se detenían en la plaza.

— Aguárdeme vd. aquí, dijo Valle al mozo, y se dirigió á una casa en cuyo zaguán tocó repetidas veces. Abrióle por fin, entró, se apeó y fué á tocar de nuevo en una puerta interior.

— Capitán, capitán, ábrame vd., soy yo, Valle.

La persona interpelada se levantó apresuradamente y vino á abrir.

— Fernando, ¿ qué se ofrece? ¿ qué hay? ¿ pues no se había vd. marchado á las diez?



— Es verdad; pero he tenido necesidad de volver, y sobre ello, mi viejo capitán, ruego á vd. mucho que me guarde el secreto; es una pequeña contravención á las órdenes que he recibido. Marchaba con mi columna para la hacienda de Santa Ana, cuando á dos leguas de aquí me encontré al mozo de una familia de Guadalajara que quiero mucho, el cual me dijo que el carruaje en que aquélla venía se volcó en el camino, y que había quedado detenida por eso; que él venía á este pueblo á conseguir otro carruaje, si era posible, ó á llevar un carpintero. Vd. comprenderá que ni uno ni otro són fáciles de obtener aquí. Entonces me acordé de que vd. había traído un coche porque sus enfermedades no le permiten caminar á caballo; pero pensé que si no venía yo en persona á pedirsele á vd. no le daría, y tiene vd. razón, mi viejo capitán, vd. le necesita mucho; pero por nuestra amistad, por lo que vd. más quiera, le suplico que me le facilite para auxiliar á esa familia á quien debo muchos favores...

— ¡Hum! Fernando! la cosa es peliaguda... vd. sabe que no puedo moverme; y ¿ cómo continúo hasta Sayula desde aquí?

— ¡Oh! no hay cuidado, vd. prestará el carruaje hasta Sayula, pues de otro modo la familia siempre tendría que detenerse aquí.

Pero llegará mañana á ese pueblo y regresará el carruaje á Zacoalco pasado mañana para que vd. continúe su camino. Ya vd. ve que lo que le pido es un día de fastidio en ese pueblo; pero no olvidaré tamaño sacrificio.

— Bien, muchacho, bien, tomé vd. el ca-



rruaje: ¡ qué diablo! no faltaba más que yo negara un tan pequeño servicio á quien debo la vida y tantos...

— Vamos, no siga vd., mi capitán, recuerde vd. que he sido su soldado y que...

— Y que hoy es vd. mi jefe, bien merecido, hijo mío; valientes como vd. no se encuentran por todas partes...



— Calle vd., mi capitán, calle y reciba mi agradecimiento...

— ¿Ya sabe vd. que han entrado los franceses á Guadalajara?

— Acabo de saberlo por el mismo criado; pero vd. ¿cómo lo supo?

— Ha pasado por aquí un extraordinario que llegó momentos después de que vd. salió; ese hombre avisó al alcalde que nos lo dijo á nosotros. Según eso va vd. á tener pelotera, porque yo no dudo que ellos destaquen alguna fuerza con dirección á este camino.

— No será tan pronto, mi capitán, y si sucede me alegraré muchísimo, ya tengo deseos por mil razones de encontrarme con ellos.

— Vaya vd. con Dios, muchacho, llévese el carruaje; apuesto á que en esa familia viene alguna linda por cuyos bigotes anda vd. corriendo á estas horas.

— Algo hay de eso, contestó el comandante, montando á caballo y diciendo adiós al viejo capitán.

Éste llamó al dueño del carruaje, le advirtió que tenía lá obligación de volver de Sayula á cumplir su contrato, y que se arreglara en cuanto á la gratificación por su viaje extraordinario, con el comandante.

El carruaje se dispuso y salió del mesón con tres tiros de mulas.

— Amigo mio, dijo Valle al del carruaje, va vd. á traer una familia que está á cuatro leguas de aquí, y sin detenerse en este pueblo, porque le manifestará vd. que le es urgente estar de vuelta pasado mañana de Sayula, para conducir al capitán con quien tiene vd. compromiso; la llevará vd. hasta esa población, en la que le será fácil conseguir otro coche, de los muchos que se fueron con el general. Ahora vd. no recibirá de esa familia gratificación ninguna; aquí tiene vd. tres onzas y este reloj de oro que vale tres veces más y que conservará vd. en mi nombre.

— Es bastante, jefe, y sobrado, y yo le doy á vd. un millón de gracias.

— Partamos, pues.

El carruaje partió á escape.

Pero al llegar á la salida del pueblo, Valle comenzó á sentir que su pobre caballo no podía más y que estaba próximo á caerse.

— Sea por Dios, dijo bajándose, mi pobre, mi único caballo, mi compañero de trabajos... se muere, no hay duda...! y era natural... veinte leguas de camino, pocos descansos, tres días de fatigas... y una carrera de dos leguas en media hora, es lo suficiente para que el pobrecillo sucumba, no hay remedio.

No bien acababa de decir esto cuando el infeliz caballo cayó muerto.



Valle gritó al postillón, que se detuvo.

— Grita al cochero que haga alto.

El carruaje se detuvo también.

— Mira, muchacho, continuó Valle, mi caballo ha reventado y no tengo otro; el tuyo está todavía muy bien y me parece muy fuerte.

— Ah, señor, es muy bueno, es de los de mi amo.

— Pues bien, te le compro.

— Señor... es de él...

— Bien, dile que se le vendiste al oficial que proporcionó el coche, no lo llevará á mal.

— Costó doscientos pesos, señor...

— Arreglado : te doy diez onzas, y no más porque no tengo; pero te daría una mano por un caballo en este momento.

— Está bueno, señor, vale que el amo no se enojará, porque él también hubiera dado una hacienda por un carruaje, hace dos horas.

El postillón recibió sus diez onzas, que contó minuciosamente, quitó la silla á su caballo, la metió en el carruaje, en seguida se metió él mismo; Valle quitó su montura militar del caballo muerto, del que se despidió con una lágrima, ensilló el caballo que acababa de comprar y se puso á la portezuela del coche que volvió á partir. Una hora después llegaron adonde estaba la columna; allí Valle despidió al postillón, advirtiéndole que el ca-

rruaje era de un amigo suyo y que no recibiría paga alguna, porque la familia del Sr. R... era una familia querida para él, por lo cual estaba advertido el conductor del carruaje de no recibir un maravedí. El postillón le dió las gracias en nombre de su amo, y partió en el coche con toda celeridad.

Fernando mandó montar á caballo y continuó lentamente su camino, con la frente oculta bajo su capucha y en el mayor silencio. Si hubiese habido luz para examinar su semblante, se habría espantado cualquiera al notar la expresión de profunda tristeza que nublaba sus ojos y que daba á su sonrisa un aire de desesperación concentrada.

